



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**La poliorcética mediterránea y su
reflejo en el yacimiento de Ampurias
(Girona), siglos VI a.C. al I d.C.**

Xavier Bernal Escartin

Tutora: Elvira Rodríguez Gutiérrez

**Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología
Social y CC.TT. Historiográficas**

Curso 2022-23

Resumen

Ampurias guarda uno de los yacimientos arqueológicos más notables sobre el mundo antiguo en la península Ibérica, cohabitada por indígenas, griegos y romanos que dejaron su impronta en diversos aspectos. En este trabajo se ha tratado de ahondar en la poliorcética o arte de la guerra, centrandó el estudio en los mundos griego y romano, con el objetivo de conocer los modelos bélicos mediterráneos y cómo se trasladaron a las colonias o sitios conquistados.

Palabras clave: Murallas, Armamento, *Emporion*, *proteichisma*, *epikampion*

Abstract

Ampurias keeps one of the most notable archaeological sites on the ancient world in the Iberian Peninsula, cohabited by natives, Greeks and Romans who left their mark in various aspects. In this work we have tried to delve into the polyorctic or art of war, focusing the study in the Greek and Roman worlds, with the aim of knowing the Mediterranean war models and how they were transferred to the colonies or conquered sites.

Keywords: Walls, Weaponry, *Emporion*, *proteichisma*, *epikampion*

Índice

Introducción.....	3-7
Fuentes de estudio.....	4
Metodología y estructura	5
Estado de la cuestión.....	6-7
1. La guerra en la Antigüedad.....	7-20
1.1. Mundo griego.....	8-11
1.2. Los avances siracusanos.....	12-13
1.3. Roma: concepción de la guerra, <i>limes</i> y la defensa del territorio.....	14-18
1.4. Mundo ibero.....	18-20
2. Poliorcética mediterránea en Iberia: Ampurias (siglos VI a.C. al I d.C).....	20-28
2.1. La <i>póleis</i> griega: fundación y consolidación	22-23
2.2. <i>Emporiae</i> , territorio romano.....	23-24
2.3. Elementos defensivos y maquinaria	24-28
3. Consideraciones finales.....	28-29
4. Bibliografía.....	30-32
Anexo.....	33-41

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene como objetivo el acercamiento al conocimiento de la poliorcética en la Antigüedad para vislumbrar cómo fue aplicada en un asentamiento peninsular; se trata de conocer en profundidad la organización ofensiva, defensiva y otros aspectos bélicos de distintos ámbitos culturales de la protohistoria mediterránea que tuvieron presencia en el sitio arqueológico de Ampurias. Este enclave está situado en el extremo noreste de la península Ibérica, concretamente en la provincia catalana de Girona; representa una de las mayores fuentes arqueológicas de información sobre el mundo antiguo occidental en su faceta colonial. Cohabitada por indígenas, griegos y romanos, la antigua ciudad se sitúa en la paleo-desembocadura de los ríos Ter y Fluvià a orillas del Mediterráneo.

El yacimiento se conservó enterrado durante más de novecientos años, desde el siglo X, momento en el que fue atacado por los árabes, hasta principios del siglo XX. En estas fechas se llevan a cabo las primeras intervenciones arqueológicas bajo el impulso del novecentismo, un movimiento cultural e ideológico que ensalzaba todo lo perteneciente al nacionalismo, en este caso, catalán. Desde entonces y hasta la actualidad, la labor arqueológica no ha cesado en un lugar cargado de una valiosa información histórico-arqueológica.

Desde sus inicios como colonia griega, en el siglo VI a.C., el lugar fue uno de los puertos comerciales más importantes del Mediterráneo occidental con una larga vida que superará el cambio de era, y ello pese a no localizarse en un territorio rico en recursos naturales. Su creación siguió la política exterior de los griegos en su búsqueda de puertos aptos desde los que dinamizar su actividad comercial. Aunque el lugar ya estaba previamente habitado por indígenas ibéricos el éxito alcanzado se debe a la ocupación griega. De manera que tras su instauración inicial (Palaiapolis), la nueva ciudad (Neápolis) requirió de un sistema defensivo que la protegiese de los enemigos que llegaban tanto desde el interior como por mar.

Este trabajo pretende conocer la poliorcética de la Antigüedad y realizar un ejercicio comparativo con los sistemas bélicos empleados por los emporitanos, durante toda la segunda Edad del Hierro, hasta época alto imperial, siglo I d. C.

Fuentes de estudio

Para el presente trabajo el aparato bibliográfico empleado ha comprendido fuentes documentales primarias, si bien con traducción e interpretación contemporáneas, y otras relativas a la investigación arqueológica. Además, se han empleado una serie de artículos específicos sobre poliorcética y su aplicación en el urbanismo para vislumbrar la planificación y construcción de los sistemas defensivos.

Entre las fuentes clásicas consultadas se encuentra la obra de Eneas el Tácito *Poliorcética, la estrategia militar griega en el siglo IV a.C.* que sirve para conocer más de cerca y analizar los elementos y movimientos defensivos que se practicaban entonces.

Asimismo, se han consultado trabajos actuales, algunos generales para conocer de una manera amplia la poliorcética grecorromana como el publicado por el Ministerio de Defensa *La guerra en la antigüedad: una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania* y a manuales generales con amplia información sobre los mundos griego y romano, como por ejemplo la obra recopilada por Francisca Chaves titulada *Griegos en Occidente*.

Otros trabajos más específicos o técnicos son los de Rubén Sáez Abad (2005) *Artillería y poliorcética en el mundo grecorromano*. También resultan de interés algunos manuales como el de Peter Connolly, *La guerra en Grecia y Roma* con apartados dedicados a las guerras de asedio, igual que el manual dirigido por Simon Anglim, *Técnicas bélicas del mundo antiguo 3000 a.C.-500 d.C.: Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*.

También se han manejado publicaciones relativas al yacimiento emporitano, como las investigaciones arqueológicas dirigidas por Enric Sanmartí-Grego, Pere Castañer y Joaquim Tremoleda desde 1985, para reconocer las distintas partes que se encuentran en el entramado de la muralla meridional de la ciudad griega y la datación de las mismas, así como los amplios trabajos realizados por Joaquín Ruiz de Arbulo sobre el recinto emporitano o el artículo de Pau Olmos Benlloch (2011) que trata de la modulación y la proporción en la arquitectura emporitana entre los siglos VI a.C. al II a.C.

Metodología y estructura

Teniendo en cuenta que las fuentes empleadas son bibliográficas la metodología seguida ha sido la de lecturas sucesivas y pormenorizadas de los diversos recursos bibliográficos y notas de lectura. Al tiempo, dado que el objeto de estudio es un bien arqueológico, también se han empleado trabajos basados en las intervenciones realizadas por los arqueólogos que han investigado este sitio.

Es necesario advertir que no se ha podido consultar personalmente todos los restos materiales documentados en tales intervenciones, sin embargo, el lugar se ha visitado de forma personal lo que permitió apreciar el entorno y las dimensiones del enclave, la organización urbana y los materiales empleados en las construcciones, así como los restos de defensas artificiales.

Respecto a la estructura del trabajo lo primero que se ha considerado conocer es la poliorcética como arte de la guerra, definirla como concepto, así como otros términos asociados como son la *proteichisma* y la *epikampion*, que resultan importantes a lo largo de este trabajo.

Los diversos sucesos históricos ocurridos en el Mediterráneo muestran las características y los cambios de este arte durante los diferentes periodos tratados, poniendo énfasis en el mundo griego. Sobre el ámbito romano también se ha incorporado un importante apartado resultado de la abundante información que sobre esta cultura se posee. Se trata de manera más explícita el arte de la guerra en el mundo griego y romano porque ambas culturas tuvieron una gran repercusión en el yacimiento estudiado. Mucho más escueto es lo incorporado sobre el mundo ibérico, apenas unas pinceladas ya que el mundo indígena apenas tuvo peso en el yacimiento emporitano. Se ha estimado oportuno incorporarlo para poner de manifiesto las grandes diferencias entre la guerra practicada en el mundo grecolatino y el de las etnias de la fachada mediterránea peninsular.

Respecto a Ampurias se muestra el contexto geográfico y cronológico, para posteriormente, desarrollar las diferentes etapas experimentadas desde la llegada de los griegos hasta el época alto imperial. A continuación se incorpora la información sobre los sistemas defensivos y los materiales bélicos documentados, así como algunos puntos relativos a su estratégica situación natural de carácter comercial. Se verán los descubrimientos del entramado amurallado desde el inicio de las excavaciones.

Estado de la cuestión

En lo referente a la poliorcética mediterránea son abundantes los trabajos publicados, tanto en forma de manuales como en artículos, etc. Los conocimientos que se tienen actualmente sobre esta temática son muy amplios, especialmente del mundo griego y romano, culturas que dejaron numerosos testimonios escritos y que además cuentan con numerosos estudios arqueológicos.

Sin embargo, el conocimiento sobre el ámbito peninsular de la segunda Edad del Hierro es mucho más escueto, basado principalmente en las fuentes arqueológicas. Aunque hay algunos trabajos destacables como los de Fernando Quesada (2007 y 2009), aun existen muchas lagunas. Además, el poderío militar y económico de las culturas grecolatinas no se puede comparar con el desarrollo alcanzado por las poblaciones peninsulares del momento. La gran obra de Simon Anglim (2009) o la de Peter Connolly (2016) son un buen ejemplo de ello.

Sobre el yacimiento de Ampurias y sus aspectos bélicos, haciendo un repaso breve sobre la historia de sus investigaciones, se sabe que se iniciaron a raíz del novecientos, a principios del siglo XX. De 1908 son los primeros diarios de excavaciones conservados en el MAC-Ampurias que serán publicados a inicios de la década siguiente como la *Crónica de las excavaciones* de Puig i Cadafalch.

Durante el franquismo se nombró director del yacimiento al arqueólogo Martín Almagro Basch, fundador de la revista *Ampurias*, que había sustituido en 1936 a Emili Gandia. Desde 1939, el nuevo director diseñaba la próxima intervención que se realizaba con la ayuda de represaliados y soldados. Los resultados se hacían públicos en la revista o en las *Monografías Emporitanas* que recogían estudios concretos.

Con el fin del franquismo y a partir de la transición, las entidades municipales y regionales se han encargado de la conservación y la difusión del conocimiento generado en el yacimiento emporitano.

Son importantes las figuras de Enric Sanmartí i Grego Pere Castanyer y Joaquim Tremoleda, quienes intervinieron y publicaron trabajos entre 1985 y 1987 sobre la muralla meridional del yacimiento.

Otros investigadores, como Pau Olmos Benlloch, teoriza sobre la aparición de torres de defensa anteriores al mundo griego y Eduard Ble Gimeno sobre la artillería

romana. Sobre el primer poblado indígena también existe algo de información de mano de Jesús Bermejo Tirado y de F. J. Fernández Nieto.

1. LA GUERRA EN LA ANTIGÜEDAD

La poliorcética se describe como la ciencia que aglutina los conceptos tácticos y estratégicos destinados a la preparación de la guerra, a nivel defensivo y ofensivo, orientada a la disputa de un territorio o ciudad. Según su significado griego, es el arte de atacar y defender las plazas fuertes, pues no se concebía el urbanismo griego sin tener en cuenta este aspecto.

Partiendo de la base de que las murallas (fig. 2) eran el elemento principal en la defensa de las ciudades, que protegían estas plazas fuertes o poblados, se deben tener en cuenta dos conceptos muy presentes a lo largo de este trabajo. Por un lado, las *proteichisma* (fig. 2), que son los parapetos defensivos construidos en un punto concreto para defender estas murallas originales; por otro lado, la *epikampion*, aquellas obras construidas en el exterior del trazado de un recinto amurallado, destinado a la utilización de los ingenios militares para el derribo de estos fuertes, es decir, todos aquellos inventos y maquinaria que pudiese impedir el avance de los atacantes.

A nivel teórico, la poliorcética griega se recoge en los tratados de Eneas el Tácito del siglo IV a.C. y en el de Filón de Bizancio del siglo III a.C., quien aportó mayores conocimientos sobre las fortificaciones, así como en los trabajos de Ctesibios de Alejandría, coetáneo de este último, Bitón de Pérgamo y Ateneo el Mecánico ya del siglo II a.C. (Gracia, 1997: 172)¹.

En estos tratados se presentan las murallas como patrones de civilización, es decir, como muestra de ciudad avanzada y estable, de percepción de peligro y, por lo tanto, de posesión de valor dentro de ellas. Era el principal elemento de protección de las ciudades. Se han llevado a cabo algunos estudios que reformulan el significado de las fortificaciones, haciendo hincapié en otro tipo de aspectos, como la ostentación, la delimitación espacial, la sacralidad, etc. (Berrocal, 2007: 75). A pesar de que algunas

¹ El sistema de citas seguido es el de la revista *BSAA Arqueología*, editado desde las áreas de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valladolid.

fortalezas se construyeron simplemente para dotarlas de una forma concreta y encuadrar los espacios, como ocurrió sobre todo en el mundo romano, es necesario valorar las capacidades de cada una, las amenazas a las que se enfrentaban y a como se adaptaron al paso del tiempo. Las murallas son un gran testigo del avance de las guerras en las distintas culturas de las que formaban parte.

A continuación, se van a tratar los diferentes avances en la guerra entre las grandes culturas que ocuparon Ampurias, así como la desarrollada en el espacio peninsular.

1.1. Mundo griego

Los sucesos que ocurrieron durante la guerra del Peloponeso (fig. 1), en el siglo V a.C., cambiaron para siempre la concepción de la guerra y se impuso una finalidad distinta. Anteriormente, los ejércitos no eran profesionales, la batalla tenía unas normas no escritas en base al honor de los combatientes y los conflictos se daban según las condiciones climáticas.

En los relatos homéricos se pueden encontrar los primeros datos sobre el tema en cuestión. En la *Ilíada*, que abarca los siglos XVI-VIII a.C., son presentadas agrupaciones de gentes equipadas de manera precaria y que combatían a distancia, sin contacto físico directo con el enemigo, es decir, combates de lluvias de flechas, piedras y venablos. Los líderes llevaban armaduras completas: coraza, lanza, *cnémide* (espinillera), casco de bronce, una espada y un escudo con forma de ocho. Además, iban en carros tirados por caballos. Se adentraban en los espacios vacíos y provocaban al héroe enemigo para retarle a un combate singular. El éxito sobre el héroe enemigo significaba la victoria total y retirada de los enemigos. Por lo tanto, era un tipo de guerra donde primaban el honor, el valor y la picardía.

Más adelante, en el siglo VII a.C. nació el hoplita, guerrero dispuesto a morir por la patria. Se formaron ejércitos de hoplitas constituidos por hombres armados con equipamientos convencionales: corazas, cascos de bronce, espinilleras y un escudo circular de casi un metro de diámetro, además de lanzas y espadas de doble filo y con punta, por lo que su movilidad era muy limitada. Tenían una formación militar, la falange, en la que los soldados se situaban en líneas de cuatro a ocho filas de profundidad contra el enemigo. El ataque se hacía asestando golpes de lanza o de espada y se vencía cuando se conseguía que el contrario rompiera la formación. Se abandonó la caballería de

siglos anteriores y se pasó a la disciplina de las formaciones militares. Sin embargo, lo sagrado y la religión en batalla seguían teniendo un papel fundamental, es decir, había una serie de normas que se respetaban. Si las víctimas eran un gran número y el lado perdedor huía, no se le perseguía, se daba gracias a los dioses y enterraban de manera digna a los vencidos. La falange espartana fue la más dominante, ya que desde la infancia eran entrenados para ser combatientes.

Es necesario añadir que las estaciones dividían las temporadas de guerra. En las épocas de calor se permitía batallar y en las de frío se descansaba.

Todas estas características desaparecieron en el siglo V a.C. durante las guerras del Peloponeso (fig. 1), pues un conflicto entre espartanos, tebanos y atenienses abrió el telón de la contienda total. El suceso fue el siguiente: los espartanos fueron ejecutados por los atenienses tras su captura que, además, ocuparon el santuario tebano de *Delion* en el año 424 a.C., lo que supuso un sacrilegio dada la importancia por la religiosidad y el respeto hacia lo sagrado, pero los atenienses se negaron a bajar las armas para que los caídos tebanos fuesen enterrados con dignidad. En definitiva, rompieron las normas no escritas y surgió la guerra total, sin piedad (Popowicz, 1995: 219-220).

Un cambio muy importante que se dio para entonces fue la implantación en los ejércitos de mercenarios, soldados que encontraron su fortuna en el servicio a las armas y pagados por batallar. Esto trajo consigo cambios estratégicos en los ejércitos, como fue la creación de una infantería ligera en las reformas militares que llevó a cabo el general Ifícrates, durante finales del siglo V y el IV a.C. Equipó a la infantería con un armamento menos costoso y más ligero, por lo tanto, modificó la estructura del ejército, la composición y las condiciones de la guerra. También se profesionalizó el ejército con grupos independientes o privados capitaneados por personas que no ocupaban necesariamente cargos públicos, sino que se lo costeaban ellos mismos.

Los enfrentamientos llegaron para quedarse de manera permanente en el mundo griego, pues las guerras civiles se volvieron recurrentes entre espartanos y atenienses por disputas políticas y contiendas entre ciudades, que se convirtieron en batallas encarnizadas.

Hacia la segunda mitad del siglo IV a.C. cambió también la arquitectura defensiva, que dio un paso hacia adelante. Se crearon nuevos parapetos defensivos como la *proteichisma* (fig. 2), que consistía en una creación artificial de defensas adelantadas a

las murallas originales para obstaculizar el acercamiento de las máquinas de asedio; también se aprovechó el terreno disponible para anticiparse a los ataques del contrario y poder así impulsar la ofensiva desde el interior de las *póleis* con, por ejemplo, la colocación de fosos estratégicamente para dejar al enemigo al descubierto; se confeccionaron trazados urbanos para sorprender al enemigo, etc. Estos aspectos fueron evolucionando y adaptándose a las novedades y a medida que los envites se volvían más complejos.

Asimismo, hasta entonces, las encarnizadas batallas se llevaban a cabo con ataques intermitentes y continuos, es decir, eran guerras de desgaste. El objetivo principal era el de atravesar las murallas, que lo podían conseguir escalando los muros con escaleras, destruyéndolos o excavando. Las *póleis* se defendían con refuerzos en las murallas y mediante la construcción de torres de defensa y de trincheras dentro de la ciudad, así como una serie de trampas alrededor de la misma. Surge la figura del *estratego*, un especialista en el arte de la guerra que junto a un arquitecto planteaban y construían los elementos defensivos para neutralizar las estrategias ofensivas.

Para atravesar los muros se utilizaban distintos utensilios, como podían ser los arietes² (fig. 3), que fueron evolucionando hasta emplearlos para lanzar piedras. Durante los ataques se protegían con el uso de las tortugas, construcciones móviles de madera diseñadas para proteger a los atacantes del fuego enemigo (se usaban también mientras realizaban las obras de la maquinaria ofensiva cerca de las líneas de defensa) y podían portar artillería para atacar (Romeo, 2005: 209). Para neutralizar los ataques se optaba por aplicar materiales blandos que sirviesen para acolchar los golpes (sacos de lana, algas o pieles de buey hinchadas) (Eneas, 1991: 217-225). Cuando una parte de la muralla caía, un grupo de soldados cubría esa zona para que se reconstruyese o protegiese, usándose las casas más cercanas para abastecerse de materiales. En esos momentos aparece en escena un nuevo elemento: el foso (fig. 2), excavado con fuerza humana con el que se trataba de detener y exponer a los atacantes.

Cuando el enemigo atacaba los portones de la ciudad se usaban rastrillos, un elemento de defensa muy pesado que se usaba como puerta enrejada, formado por rejas de madera o metálicas y con un acabado en forma de punta en la parte inferior. Eran sostenidos por cuerdas que, cuando se soltaban, caían rápidamente, atrapando a los

² Originalmente, tronco grande y pesado, impulsado por personas para la destrucción de puertas y muros.

atacantes y llegando a matarlos con el impacto. Tras pasar la puerta, los pasadizos y callejones servían para coger desprevenidos a los atacantes y que los soldados pudiesen formarse con rapidez. En general, se aprovechaba la estructura de la *póleis* para poner todo tipo de trampas y tender emboscadas.

Durante los siglos IV y III a.C. hubo un gran énfasis en la mejora de las estructuras defensivas. Las murallas eran construidas con portillas y troneras para poder protegerlas con artillería, haciendo lo mismo en las torres. Las almenas fueron sustituidas por tejados a dos aguas para que resbalasen los enemigos. Frente a la muralla, se construían fosos para dificultar el avance de las máquinas de asedio y cuyos fondos de piedra guardaban artillería escondida (Connolly, 2012: 296-299).

Las murallas también fueron ampliadas, ganando en anchura y altura. De los muros con almenas se dio paso a los lienzos de fortificación con portillos, con postigos y troneras. Las puertas también fueron ensanchadas, habiendo distintos tipos, como por ejemplo la llamada “de patio”, en la que la línea de la muralla tenía un entrante para formar un patio frente a la puerta, que contaba con una segunda puerta exterior (Connolly, 2012: 296). Entre las dos puertas, por lo tanto, quedaban atrapados los enemigos y expuestos a las defensas de la ciudad.

Las primeras torres de asedio móviles (fig. 4) llegaron de manos de los griegos, eran más altas que las murallas para poder atacar el interior. Estaban construidas por especialistas pensando en el lugar a asediar y eran protegidas por soldados, pero presentaban varios inconvenientes: uno de ellos era la complicación de su transporte dado que se trasladaban pieza por pieza.

Tal desarrollo también tuvo su reflejo en el extremo occidental del Mediterráneo de la misma mano de los griegos, que fundaron importantes *póleis* de carácter comercial, atractivas a los ataques, en las que se aplicaron estos sistemas de protección.

1.2. Los avances siracusanos

En el Mediterráneo central uno de los grandes protagonistas en el avance de la poliorcética fue el tirano de Siracusa, Dionisio I o El Viejo, gobernante desde el 405 a.C. hasta su muerte en el 367 a.C.. Inicialmente fue un *stratego* designado tras los intentos de asedio por parte de los griegos años antes. Fue quien consiguió aplicar de manera exitosa las ideas del mundo oriental en Siracusa y establecer una nueva mentalidad combativa y bélica entre su pueblo, sin olvidar al gran científico Arquímedes, quién llevó la tecnología de guerra al siguiente nivel.

De la misma manera que la contienda del Peloponeso supuso un cambio en la concepción de las batallas, desencadenando la guerra total, el gran protagonista en la evolución del arte de guerra fue el pueblo siracusano. Tras sus consecutivos fracasos tratando de liberar la ciudad de Agrigento (Sicilia) (fig. 1) de la mano de los púnicos en el 406 a.C., con grandes intereses estratégicos en el Mediterráneo, decidieron llevar a cabo una serie de cambios a nivel armamentístico y militar.

Los roles en el ejército cambiaron haciendo que el poder recayese en manos de las ciudades y, tras el tratado firmado en el 405 a.C. en el que la mitad de Sicilia quedaba bajo control cartaginés, la otra mitad de la isla era de ciudades libres que acordaron aliarse y quedaron unificadas bajo las órdenes del gobernador Dionisio I. Este consiguió liberar la mitad cartaginesa ocupada y devolverle su autonomía.

Creó un tesoro para contrarrestar los gastos de guerra, pudiendo costearse así a los mercenarios. Debido a esto, pronto se notaron mejoras en el ejército de infantería. Consiguió que, a principios del siglo IV a.C., sus ciudades fuesen auténticos arsenales bélicos (Sáez, 2005: 109-112). El tirano dividió los grupos de tal manera que se pudiesen distribuir los ataques con mayor rapidez y con ello optimizar el rendimiento. También creó un grupo de soldados de refresco, es decir, tropas de reserva que sustituían a la principal cuando la primera se agotaba para que el asedio no cesase y así seguir con la guerra de desgaste. Estos avances surgieron emulando a los cartagineses, quiénes eran muy poderosos en este tipo de guerra.

Dentro de las ciudades, una de sus medidas fue la de contratar a personas especialistas en la creación de armamento y ubicarlos aleatoriamente por la urbe de tal manera que no pudieran ser descubiertos por los enemigos. El tirano ofrecía grandes

recompensas por cada una de las nuevas armas (Connolly, 2012: 299-305). De esta manera, surgieron, a principios del siglo IV a.C., las invenciones bélicas más novedosas y desarrolladas del mundo antiguo. Fundó, además, talleres de investigación de tácticas militares.

Se vieron por primera vez máquinas de no torsión³ (fig. 5) en batalla, las cuales actuaban sin encontrar ningún tipo de oposición al resultar novedosas. Se crearon máquinas que facilitaban el transporte de otras construidas para facilitar que los soldados se pudiesen acercar más en sus ataques de asedio. Por ejemplo, el ariete (fig. 3), una construcción de madera cubierta con material ignífugo para que los soldados atacantes no se quemasen.

Dionisio I quiso que su pueblo se pusiese a la misma altura que los cartagineses en la guerra naval, por lo que se construyeron navíos de cuatro y cinco filas de remeros que nunca antes habían servido en el mar Mediterráneo.

En el 397 a.C. se llevó a cabo el asedio del puerto cartaginés de Motia (fig. 1), una isla al oeste de la costa siciliana que conoció por vez primera las máquinas más sofisticadas del momento. Siracusa había estado preparándose durante largo tiempo para la guerra. En este asedio, aparecieron grandes torres de seis pisos de altura sobre ruedas y catapultas que lanzaban virotes (proyectiles en forma de flecha), según el relato del historiador siciliota Diodoro. Los siracusanos buscaban venganza, pues todos los enemigos capturados fueron crucificados, solo sobrevivieron los que se refugiaron en los templos. Pero la sorpresa fue lo poco que se expandió su maquinaria, ya que solo parecía tener interés en la Macedonia de Filippo II, que rápido acopló las torres a su arsenal. Un asedio similar se repitió por parte de Alejandro Magno en Tiro (Connolly, 2012: 300-310).

De esta manera, los siracusanos se manifestaron como un actor principal en este avance tecnológico de la guerra con la introducción de grandes cambios en el ámbito mediterráneo.

Pero, veamos, cómo desarrollo Roma su estrategia de control y dominio sobre otras poblaciones.

³ Máquinas en las que, en su ejecución, no se torcían ni se doblaban .

1.3. Roma: concepción de guerra, *limes* y defensa del territorio

Una de las grandes herencias que Roma (fig. 1) dejó para la Historia fue la bélica. Desde los primeros pasos de esta civilización la guerra fue intrínseca a su cultura. Hasta el siglo VI a.C., las tribus itálicas fueron fuertemente influenciadas, en este aspecto, por las culturas hallstáticas del centro de Europa (Anglim, 2009: 135-179).

El crecimiento de Roma no fue instantáneo, sino que fue más bien un proceso lento y progresivo con numerosos contratiempos. La organización militar y armamentística no fue una invención propia, sino “el resultado de un proceso de adopción y adaptación” (Connolly, 2016: 92). Es por eso que el objetivo de este apartado es analizar la concepción romana sobre la guerra y los distintos tipos que hubo, así como la defensa de las ciudades.

En la historia de la guerra de Roma, se pueden distinguir tres periodos: la época real y etrusca, la época republicana y la época imperial.

Durante el primer periodo, tras la fundación de Roma (753 a.C.), las contiendas tenían una predisposición competitiva con los pueblos vecinos, propio de batallas primitivas, sin ningún tipo de organización ni orden. Batallas que eran, *a priori*, similares a las que hemos comentado de la Grecia preclásica, pero con la diferencia de que podría haber algunas maniobras donde se capturaba o asesinaba, donde se saqueaba y se quedaban con las tierras y los animales del pueblo atacado. Durante este periodo, las guerras tenían características similares a las del resto de aquel mundo, pues también se creaba un lazo religioso y sobrenatural. La guerra se adecuaba al modelo tribal con un orden de paladines y sacerdotes guerreros (Anglim, 2009: 135 y ss.).

En los primeros momentos de su historia, siglo VII a.C., los romanos eran gobernados por los etruscos que a su vez adoptaron el sistema militar hoplita de los griegos dado que habían estado en contacto con ellos en Sicilia. Según Livio, el rey de Roma Servio Tulio llevó a cabo la estructuración de la sociedad en base a la cuantía y la posición social de cada uno, para así dividirlos por grupos de votantes. Gracias a esto, dividió en el ejército a cada clase según sus singularidades. A inicios del siglo VI a.C. Servio Tulio contaba con 14.400 hombres. A finales de esta centuria los romanos se libraron del control etrusco, aunque conservaron la falange que se reestructuró en legiones. Las legiones fueron un conjunto de unidades menores que luchaban no en una

disposición lineal sino siguiendo un modelo de acciones concentradas bajo un mando local (Anglim, 2009: 41-44).

Durante la etapa republicana, que se inició en el 509 a.C. y terminó en el 27 a.C., las contiendas se convirtieron en el motivo de la expansión romana, en su vía para lograrla. Era tiempo de conquista. Algunos aspectos primitivos seguían formando parte de los ejércitos, pero poco a poco se fueron mejorando. Se comenzaron campañas en tierras más alejadas, a veces simultáneamente (Alonso, 1986: 177-186), produciéndose algunas de las batallas más importantes de la historia de Roma: Las guerras púnicas contra los cartagineses (con influencia en *Emporion*) (fig. 1), los enfrentamientos de expansión sobre Hispania y las Galias, las guerras mitridáticas o las macedónicas, entre muchas otras.

Las contiendas púnicas supusieron un trance clave en la política exterior de Roma, pues pasaría a ser objeto de gobierno como actividad oficial a la que la ciudad entera contribuía. Ganar batallas suponía adquirir una gran cantidad botín, de manera que explotar el mundo era un negocio casi perfecto para todos los estratos sociales: para los menos favorecidos porque era una fuente de ingresos y para los privilegiados significaba poder forjar una buena carrera política y/o militar, por lo que se empezó a exaltar la guerra exterior. Así se comenzó a proyectar el imperio.

Pero no fue hasta los siglos II a.C. y el I a.C. cuando se transformó el ejército romano, consiguiendo dominar el Mediterráneo y sentar las bases del imperio venidero. Por otro lado, Roma no resultó tan eficiente en cuanto a la protección interna pues hubo un gran número de revueltas de esclavos dada la gran cantidad de personas esclavizadas en la península itálica.

Pese a los intentos de reforma de los Graco, propuestas entre el 133 a.C. y el 123 a.C., que pronto quedaron abolidas, resultaron de vital importancia las de Cayo Mario, en el 107 a.C., en cuatro grandes medidas. La primera fue la de incorporar a las clases bajas en el ejército, que no tenían recursos para pagarse los suministros, algo que haría entonces el estado. Les dio trabajo y la posibilidad de acrecentar su estatus en la sociedad, lo que propició que rápidamente creciese el número de alistados. Así fue como arregló un problema de participación evidente en el ejército. La segunda reforma fue estructural, con continuas preparaciones militares y no solo en periodo de campañas, especializó las secciones de cada división, estandarizó las armas para que no hubiese distinciones y

eliminó las partes en desuso del ejército, como los *vélites*⁴. La tercera reforma fue la de la jubilación, con la que se garantizaron tierras a los soldados retirados con una casa y una pensión y a los que no eran romanos se les concedió la ciudadanía. Por último, cada soldado se encargó de portar sus propias pertenencias, algo que previamente se llevaba en carros. Por lo tanto, los ejércitos siempre estaban preparados dado su entrenamiento, lo que acrecentó el interés y ayudó en la creación de nuevas máquinas y métodos militares.

Hubo otros cambios durante el periodo republicano pero las reformas de Cayo Mario significaron un antes y un después en la antesala del imperio, al igual que los sucesos de la segunda guerra púnica. Llegados a la etapa imperial, la guerra servía, de alguna manera, para lo contrario que en épocas anteriores: para defender y asegurar las fronteras. Este tipo de guerra fue la que permitió que Roma se asentase y afianzase como imperio.

Algo muy importante era custodiar el territorio por lo que se puso gran atención en la construcción de sus baluartes pues resultaba vital la protección del *limes*, una línea que definía los límites del imperio y que separaba los territorios de Roma de los de sus enemigos. Tenía una función de aduana y de protección militar.

Esta línea fue cambiando con el paso del tiempo, formando distintos tipos de frontera según las consideraciones militares y topográficas. Pero, a medida que el imperio se iba haciendo más grande el *limes* colapsó y el imperio entró en crisis.

Los campamentos militares se convertían en territorios defensivos y ofensivos. Las murallas de las ciudades no variaron mucho entre la república y el bajo imperio, que fue la etapa más defensiva de todas, pero se reforzaron los elementos defensivos con mayor número de torres y se reconstruyeron entramados defensivos sobre anteriores.

Respecto a las ciudades que se encontraban al borde de las fronteras, como las situadas en el *limes* germánico o británico, tenían características defensivas distintas pues la situación de cada lugar variaba según la ubicación. Estas ciudades fortificadas estaban prediseñadas por un jefe del ejército, adaptadas a sus demandas y a su estrategia defensiva. El emperador Adriano erigió un muro y una enorme cadena de fuertes a lo

⁴ Era una unidad de infantería ligera que combatía al frente de la legión romana. Se componía de las clases más pobres de la sociedad y no tenían la edad para formar parte de la infantería pesada.

largo del Rin y el Danubio. Se reforzó con tropas de legionarios y torres de vigilancia, de modo que pudiera vigilarse todo el curso del río (Connolly, 2016: 280-310).

Igual que las milicias las ciudades fortificadas mejoraron notoriamente a través del tiempo en el que esta civilización crecía, pues las técnicas de asedio provenían directamente de lo aprendido en sus enfrentamientos contra los griegos, las cuales adaptaron y mejoraron.

Por otro lado, los romanos concebían la guerra de un modo muy particular, de guerra justa, debía de haber una razón defensiva o un auxilio aliado para que tuviese sentido, es decir, se buscaba una justificación, no debía de ser por *motu proprio* sino que había de seguir unos pasos antes de aventurarse en ella, un procedimiento llamado *ius fetiale*⁵ (Alonso, 1986: 177-186).

Con carácter general, el asedio a las ciudades se podía ejecutar por medio de la *obsessio* que consistía en bloquear la ciudad que atacaban, evitando cualquier entrada y salida de recursos y ayudas. Esta acción se llevaba a cabo en ciudades con sistemas defensivos complejos pero pocos recursos; otro sistema de ataque era la *repetina oppugnatio*, que consistía en un asalto, muy eficaz contra ciudades mal defendidas, era simple pero efectivo; por último, la *longinqua oppugnatio*, que se daba en aquellos ataques de duración larga y se llevaba a cabo haciendo una mezcla de los anteriores. Se adoptaron recursos griegos para salvar los muros por encima (con escaleras), mediante máquinas de golpeo o por debajo, con el uso de minas (Saez, 2005: 105-158).

Los romanos entraron en contacto con las guerras de asedio científicas en la invasión de Sicilia en el 213 a.C., durante la primera guerra púnica, donde se toparon con Arquímedes, la mejor mente de tácticas siracusana. Arquímedes puso en los muros todo tipo de proyectiles y los romanos, comandados por Marcelo, sufrieron una lluvia de estos. También puso troneras en la muralla a la altura de los soldados para que cuando se acercasen, poder dispararles, lanzando virotes⁶. En la lucha marítima, Arquímedes creó unos ganchos para agarrar los barcos y ponerlos en posición vertical, haciendo que estos se hundiesen posteriormente. Los romanos terminaron abandonando desquiciados.

⁵ Eran los actos que hacían justificada la guerra por medio de los *fetiales*, que eran sacerdotes encargados de este tipo de asuntos.

⁶ Variante de proyectil.

Pero los romanos se vengaron y asaltaron Carthago Nova (fig. 1), en una acción sin precedentes. Las legiones de Escipión llevaron a cabo una gran matanza en lo que se conoce como saqueos del terror (Connolly, 2016: 280-310).

Pero, ¿cómo se concebía la guerra en el Mediterráneo occidental? ¿bebieron las gentes de la Península de las tácticas grecolatinas o presentaban sus propias estrategias y mentalidad? Antes de abordar estas preguntas, cabe tener en cuenta que la península Ibérica, antes de la romanización, era un amplio espacio poblado por distintos grupos etno-culturales, si bien con aportes orientales (fenicios y griegos) resultado de actividades comerciales.

Como este trabajo incluye un yacimiento ibero, pues daremos unas pinceladas sobre la forma de guerrear de las comunidades de este ámbito, dejando al margen el mundo céltico peninsular.

1.4. Mundo ibérico

Los conflictos que conocemos entre los pueblos íberos en sus comienzos, a principios del siglo VI a.C., estaban lejos de tratarse de grandes guerras. El propósito no era el asedio total y la posterior devastación de las ciudades, como tampoco lo fue someter económica ni políticamente a los pueblos enemigos, sino que los conflictos se asemejaban a las guerras de honor, anteriormente mencionadas, propias de los pueblos griegos. No había intención de producir daños fatales sobre sus adversarios, pues no hubo masacres ni se esclavizaban a niños y mujeres. Se concebían las guerras como saqueos de ganado o de campos, así como de inmuebles, pero si podían se evitaban los enfrentamientos. Las aglutinaciones de poder no se perciben hasta el siglo III a.C.

Una característica compartida con la sociedad griega es que las guerras eran estacionales, siendo las épocas de frío donde se preparaban y descansaban y las de verano en las que partían hacia la guerra.

Las acciones de saqueo se solían llevar a cabo por sorpresa y, en caso de no poder hacerse con botín pues lo destruían. En el caso de que uno de los bandos fuese inferior, se refugiaba en sus ciudades para soportar el ataque. La caballería no existió como tal en el mundo ibero, no se usaba el caballo como arma, sino como medio con el que transportarse.

En estas batallas se perseguía alcanzar el honor para labrarse una reputación dentro de la propia comunidad, algo buscado por las élites de los distintos asentamientos íberos. Se ha documentado que había personas que financiaban a otras para que fuesen por ellas a la guerra, pues a partir de varios estudios funerarios, aparecen en las poblaciones prerromanas vinculaciones entre guerreros y sus jefes que alargaban sus lazos hasta la muerte: la *devotio*. Estos fieles guerreros (*devotus*) servían a una figura relevante (*patronus*) y se comprometían a defenderlo y a no sobrevivir en combate (Quesada, 2009: 126-130), es decir, que luchaban por él hasta la muerte. En caso de fracasar se quitaban ellos mismos la vida como acto de lealtad.

Los asedios, los ataques y en la defensa eran activos porque no se podían permitir las guerras de larga duración o desgaste por faltas de recursos. Algo que no se ha conseguido aclarar es cómo era la base de un ejército ibero de entre los siglos V y III a.C. (fig. 6) ya que no está claro si era clientelar o si sufrió alguna evolución hacia la milicia cívica (debido a la homogeneización del armamento a partir del IV a.C.). La alternativa que introduce Quesada (2009: 127) es la de una convivencia entre un ejército basado en las clientelas militares y, si fuese conveniente, en unas milicias cívicas semipermanentes no necesariamente ciudadanas, de las que formaban parte individuos libres y trabajadores en la vida diaria. A pesar de una relativa especialización, no se trataba de ejércitos profesionales.

En el caso de las construcciones defensivas las murallas no eran concebidas como herramienta de defensa frente a ejércitos, sino que normalmente se usaban para protegerse de los animales salvajes, para evitar ataques por sorpresa de tipo *razia* o para delimitar el espacio interior y dibujar el trazado de la aldea.

En el siglo IV a.C. el armamento evolucionó hacia una homogeneización en la que aparecen espadas, escudos circulares, lanzas arrojadas, etc. Las milicias estaban lideradas por las mismas personas que solían gobernar las aldeas de manera cotidiana, es decir, aristócratas jóvenes y adultos.

Mediante el estudio de distintas necrópolis se ha podido saber qué armas fueron utilizadas en las distintas etapas de los pueblos íberos. La primera fase es la formativa (siglos VII-VI a.C.), y se han hallado lanzas de punta largas, pesadas y con fuerte nervio central (Quesada, 2009: 115) en la costa alicantina (Les Casetes) y en Andalucía (Marchena, Sevilla), además de millares de puntas de flecha en bronce y triple filo. Este

armamento tuvo influencia fenicia debido a su presencia en el sur peninsular, pero también pesaron las tradiciones ibéricas.

En esta etapa ya eran habituales las luchas entre campeones, es decir, combates entre líderes cuerpo a cuerpo en los que las espadas eran poco habituales.

La siguiente fase es la antigua, que abarca los siglos VI-V a.C., de la que se han encontrado puñales de hoja triangular, armas cortas y de hoja ancha, espadas (que comienzan a ser más frecuentes) y panoplia defensiva de chapa de bronce decorada. Según los hallazgos funerarios, las lanzas pesadas eran las armas más utilizadas en combate, acompañadas de armas arrojadas.

Más adelante, durante el siglo IV a.C. se estandarizaron armas como la falcata, que era una espada de hierro curvada y más adelante, y en el siglo III a.C., el escudo oval. La tendencia apuntaba a un armamento cada vez más ligero hasta que fueron absorbidos por los romanos (Quesada, 2009: 121-126).

A partir de obras literarias y de distintos hallazgos arqueológicos, se ha podido llegar a ciertas conclusiones, aunque resulta difícil pensar que con las influencias que tuvieron las poblaciones ibéricas, no se vieran condicionadas por el mundo griego en el noreste y posteriormente por el romano. Aunque las guerras peninsulares parecen ser de un calibre menor comparadas con las del resto del Mediterráneo.

2. POLIORCÉTICA MEDITERRÁNEA EN IBERIA: AMPURIAS (SIGLOS VI A.C. AL I D.C.)

El yacimiento emporitano se encuentra en el extremo nordeste de la Península, en L'Escala, golfo de Rosas, provincia de Girona (fig. 1). Hablamos de un sitio que despierta un gran interés a nivel histórico y arqueológico, pues representa una fuente de conocimiento entre ambos mundos: La *Emporion* griega y la *Emporiae* romana (fig. 7).

El primer establecimiento griego se fundó cerca de un asentamiento indígena asociado a los indiketas. El geógrafo griego Estrabón describió por primera vez las tierras ibéricas y ofrece información sobre *Emporion*; cuenta que el primer asentamiento griego en Ampurias fue en una islita elevada, al norte del Montgrí, una colina de 300 metros de

altura alzada sobre una gran llanura aluvial ocupada por una marisma. Se estima que Palaiapolis se fundó hacia el 575 a.C. (Ruíz, 1992: 59-74).

Más retirada hacia tierra firme se encuentra la ciudad nueva o Neápolis (fig. 8 y 9), un término relativamente reciente ya que se comenzó a llamar así en el siglo XX por Puig i Cadafalch como símbolo del crecimiento de la ciudad. Se construyó alrededor del 550 a.C. y, a diferencia de la Palaiapolis, se amuralló.

Su principal idea era la de crear una *apoikía*, es decir, trasladar el hogar; se buscaba la creación de una *Emporia* que significa la construcción de un centro comercial situado en un lugar estratégicamente bien situado. De ahí el nombre de esta polis. Ampurias empezaría siendo una zona de descanso en la ruta Massalia-Tartessos, y con la evidencia que supone la posterior construcción de la Neápolis, fue un lugar con un gran desarrollo que sobrepasó esas expectativas iniciales. Más adelante pasó de ser un *Emporia* a una *póleis* (Ruiz, 2003: 164 y ss.).

A partir de los restos arqueológicos y de distintas obras literarias, como la ya citada de Estrabón o la obra de Tito Livio *Ab Urbe Condita*, se sabe que hubo una muralla que unía al pueblo indígena y griego formando una *chora*⁷ y un *phourion*⁸. Un emplazamiento en el que convivieron indiketas y los colonos griegos impulsados por comunes intereses comerciales creando así lazos culturales y económicos, con intercambios de cerámica ática por metales y grano.

En el siglo III a.C. y a causa del gran crecimiento experimentado en la Neápolis, los romanos construyeron una nueva ciudad de planta ortogonal amurallada, más al interior del emplazamiento griego el cual se había quedado pequeño.

De manera que en el yacimiento de Ampurias distinguimos tres zonas principales: La Palaiapolis, la Neápolis y la ciudad romana. La primera actualmente se encuentra soterrada bajo el pueblo de Sant Martí d'Empuries, la Neápolis está descubierta casi al completo rodeada por el recinto arqueológico, según se informa en el mismo yacimiento, y de la ciudad romana solo se conoce un veinte por ciento (Aquilué y Monturiol, 2008: 77-90).

⁷ Se trata de una zona donde se circunscribe un nuevo asentamiento griego y las distintas ciudades indígenas.

⁸ Eran fortines que dependían del establecimiento griego y protegían a ambos, en este caso a cambio de grano cultivado por los indígenas.

2.1. La *póleis* griega: orígenes, consolidación y auxilio romano.

La fundación de la ciudad emporitana fue el resultado de los movimientos migratorios que llevaron a cabo los griegos desde el siglo VIII a.C. a lo largo de las zonas costeras mediterráneas. Estos nuevos asentamientos tuvieron distintas funciones y motivos, siendo el principal aliviar la sobrepoblación de algunas ciudades principales griegas, aunque también sirvieron para solventar los problemas de naturaleza social tales como luchas estamentales, entre privilegiados y los menos favorecidos y la brecha de honor que había entre ambos.

El origen de la *póleis* ampuritana es protagonizada por los foceos, un pueblo de la península de Anatolia que, presionados por los persas parten de Focea (fig. 1) y tras recorrer de parte a parte el Mediterráneo, se establecen en el extremo occidental. Primero fundaron Massalia (fig. 1), en la costa meridional francesa, en el año 600 a.C. y poco después *Emporion*, en el 575 a.C.

Las nuevas fundaciones nunca buscaron colonizar (en el sentido de dominar) territorios especialmente ricos ni con grandes recursos agrarios, sino bien situados estratégicamente para su actividad comercial. De hecho, *Emporion* comenzó siendo una ciudad en la que los massaliotas paraban a descansar en su trayecto hacia *Tartessos*, con quiénes establecieron una importante red de intercambios. De manera que preferían lugares en los que poder construir puertos bien situados y de fácil defensa, es decir, entornos similares a su ciudad de origen con su topografía rocosa y de clima seco. Además, se asentaban en lugares donde tuviesen cerca pueblos indígenas con los que establecían relaciones basadas en un interés mutuo.

El nombre de *Emporion* proviene de *Emporia*⁹, a la que el arqueólogo y conservador catalán Enric Sanmartí i Grego (1992: 175) definió así:

“Se trataba de una forma de comercio llevada a cabo por un pueblo que no podía, o no quería, contar exclusivamente con su propio territorio para vivir y que veía en el mar el mejor medio para su subsistencia”.

Por su parte, la Neápolis surge principalmente para mejorar la calidad y la seguridad de sus habitantes pues en la Paleopolis se hallaban muy expuestos a los posibles ataques marítimos o terrestres. Esta nueva ciudad fue creciendo de manera paulatina y ampliando su recinto amurallado, lo que supuso también la absorción del territorio

⁹ Así hacía referencia Aristóteles a estas ciudades fundadas por los foceos.

indígena. Unas inscripciones de plomo halladas en Pech Maho (yacimiento prerromano francés situado a escasos kilómetros de la frontera con Cataluña) indican la participación de los indígenas en la vida comercial griega y su adaptación a esta nueva vida. Y en 1985 se localizó un santuario suburbano en la entrada de la ciudad que servía para las reuniones entre los ciudadanos emporitanos e indígenas.

Durante el siglo V a.C. la polis se estabilizó económicamente y a nivel demográfico, alcanzando una importante influencia hacia sus vecinos. Se establecieron negociaciones con poblaciones indígenas del bajo Ampurdán, se crearon rutas hacia el interior y al sur de la Península, y, posteriormente, se acuñó moneda propia. Asimismo, los restos de cerámica ática y de orfebrería permiten afirmar que uno de los grandes centros comerciales con el que más se relacionaron fue Atenas.

Emporion tenía una ciudad vecina al norte que también era griega: *Rhodes*, en la actual ciudad de Rosas y fue fundada en el siglo V a.C. Servía a los emporitanos de puerto principal para acoger a los pesados cargueros que redistribuían los productos y las materias primas ya que el puerto emporitano carecía de virtudes náuticas, con una ensenada de poco fondo y muy expuesto a temporales (Ruíz, 2003: 161-202).

Los siguientes siglos fueron de consistencia pues una vez consolidada se mantuvo como una de las principales distribuidoras de cerámica ática y metales del mundo griego en occidente.

La llegada de los púnicos a la península Ibérica durante el siglo III a.C. significó la primera gran amenaza para este *emporio*, pues se asentaron en Ibosim (Ibiza) (fig. 1). Esto llevó a los emporitanos ante el senado romano a solicitar su ayuda para evitar el avance cartaginés.

2.2. *Emporiae*, territorio romano

Tras el desembarco de los escipiones en territorio griego emporitano en el 218 a.C., el puerto y la ciudad se convirtieron en dos espacios esenciales para la estrategia militar de Roma en Hispania. Ampurias se transformó en la base naval de Roma en la Península.

En el 195 a.C. el cónsul Catón desembarca en Ampurias para encargarse de las expediciones en la guerra contra los indígenas del nordeste peninsular de la Hispania

Citerior. Desde entonces, se inició un rápido proceso de romanización sobre los ciudadanos de *Emporion*, absorbiendo a los griegos e indígenas y alejándolos de su cultura.

El impacto romano fue tal que la Neápolis pronto se quedó pequeña y, durante la segunda mitad del siglo II a.C., se hizo necesario construir una ciudad de nueva planta situada hacia el interior, sobre un previo campamento militar que se había ubicado en ese mismo lugar en el 195 a.C.. Más adelante, durante el reinado de Augusto (siglo I d. C.), se concedió la ciudadanía romana a todos sus habitantes y se fusionaron las distintas ciudades en un *municipium: Emporiae* (Sanmartí-Grego, 1992: 177-180). La gran influencia que tuvo *Emporiae* sirvió de ayuda en el desarrollo de ciudades como *Tarraco*, que durante un tiempo fue la capital de Hispania o *Barcino*, actual Barcelona. *Emporiae* perdió su influencia de antaño desarrollada bajo control griego relegada por estas ciudades, pero ejerció de guardiana del imperio en la Península.

La ciudad comenzó a perder peso durante este periodo y, para entonces, la vida empezaba a ser difícil de costear en la Neápolis y la antigua *póleis* fue arrollada por el poder imperial romano. En el siglo III d. C. los habitantes tuvieron que trasladarse de nuevo a la Palaiapolis ya que para entonces estaba mejor protegida respecto a la anterior.

Hasta la caída del imperio, la vida emporitana sobrevivió, pero la parte griega pasó a ser un cementerio romano, mientras que prosperó la vida en la ciudad de nueva planta.

2.3. Elementos defensivos y maquinaria militar

Se conservan restos arqueológicos que proporcionan una importante información sobre la poliorcética de la ciudad. La primera ciudad o Palaiapolis no tuvo construcciones defensivas ya que su propia ubicación le confería de manera natural cierta protección (Olmos, 2011: 125-131). Sin embargo, la Neápolis sí que precisaba de construcciones artificiales debido al crecimiento económico y social experimentado.

En la nueva ciudad, el sistema defensivo estaba formado originalmente por un lienzo de la muralla, que a su vez estaba reforzado por tres torres rectangulares y protegidas por un foso (fig. 2) delantero. Se completa posteriormente con un sistema de amurallado adelantado, que consiste en la construcción de una nueva línea murada, distanciada a unos metros de la anterior y reforzada con uno o más fosos pudiendo ir situados entre ambas líneas o al exterior, la *proteichisma* (fig. 10). La función principal

de este sistema era evitar la proximidad de las máquinas de asedio a los muros, método muy común en las técnicas grecolatinas para defender las ciudades.

El elemento más antiguo documentado, datado en el siglo V a.C. respecto al entramado defensivo ha sido el bastión oriental que cerraba la zona de poniente. Sus medidas eran de diez metros de largo por seis de ancho, lo cual resultó problemático ya que no coincide con las medidas del resto de las torres griegas. Según Olmos (2011: 131) es anterior al siglo IV a.C. (se relaciona originalmente a este siglo dado que las primeras construcciones defensivas griegas son del IV a.C), perteneciente a una primera fortificación que contaba con un lienzo de muralla (fig. 10) que aún no estaba cerrado y que experimentaría cambios con el paso del tiempo. Y es que, según este autor, en Mas Castellar del Pontós, un yacimiento a escasos kilómetros de Ampurias, se encontraba un pueblo indígena con un entramado defensivo que separaba la ciudad del exterior, en la que vivían estos indígenas, y con un bastión cuyas medidas coinciden con la del emporitano. Por lo que cabe la posibilidad de que se trate de una instalación humana previa al siglo V a.C. localizada bajo el recinto emporitano (Sanmartí, Castañer y Tremoleda, 1988: 191-223).

Del siglo V a.C. también es la muralla meridional de la Neápolis, situada en la entrada, que dejaba en el exterior a las casas indiketas. Más adelante, en el siglo IV a.C. se incluyó a la comunidad indígena ampliando la muralla (fig. 11), absorbiéndolos y haciéndolos socios, es decir, formando una *chora*¹⁰ lo que se manifiesta en el crecimiento propiciado por los griegos. Dentro del lienzo de esta muralla, se incluyeron y adosaron templos y estructuras de culto, algo que revela neutralidad.

Las torres de defensa (fig. 12) encontradas por Gandía en 1908 también forman parte del lienzo de esta muralla del siglo IV a.C.. Fueron fechadas en 1985, con los trabajos que llevó a cabo Enric Sanmartí-Grego, junto con Pere Castañer y Joaquim Tremoleda (1988). La torre occidental (que debió de medir más de nueve metros de alto y seis de ancho), está dispuesta hacia el sureste del yacimiento y va adosada al muro, con el que se forjaba la entrada de la ciudad. La segunda torre que se encuentra en el este, hacia la costa, fue víctima del expolio, pero se ha podido reconocer dados los salientes de la muralla.

¹⁰ Unión entre ambos pueblos que hace dependientes a los indígenas de los griegos.

Por otro lado, estudios subacuáticos evidencian la continuación hasta el mar de las defensas de la ciudad. A partir de las reformas impulsadas por la celebración de las olimpiadas en Barcelona (1992) se trabajó en el extremo oriental del sistema defensivo emporitano de la Neápolis, localizándose un bastión rectangular no adherido al lienzo de la muralla, sino perpendicular a esta que se encargaba de cerrar el entramado defensivo en la zona marítima.

Dado el crecimiento continuado de la ciudad y los sucesos que acaecían en el marco Mediterráneo, el siglo II a.C. trajo consigo una gran reestructuración y refuerzo de los sistemas defensivos. Los restos de muralla que encierra la zona sur del yacimiento son construidos con aparejo ciclópeo etrusco. Estos restos son lo que están visibles hoy en el yacimiento. El nuevo lienzo de la muralla seguía en paralelo el recorrido de la anterior. El motivo de esta reconstrucción fue la expansión de la ciudad. El lienzo estaba protegido por dos torres cuadrangulares y una torre que previamente delimitaba la zona este del emplazamiento.

En este periodo, al margen de la Neápolis, hacia el interior los romanos construyeron una ciudad ortogonal de nueva planta. Pero, a diferencia de la ciudad griega, los muros no tuvieron un protagonismo en la casuística de la guerra, sino que delimitaban el exterior de la ciudad, algo que de la misma manera ocurría en otras colonias latinas. Hoy se conserva el entramado sur de la muralla: la entrada a la ciudad, donde tampoco hay indicios de que hubiese ninguna torre defensiva (fig. 13). El material usado para la construcción de este muro es distinto, pues la parte inferior está hecha con sillares poligonales de piedra caliza y la superior a base de arena, piedra, hormigón de cal y cemento hecho a partir de mortero y distintas piedras.

Al noreste de la ciudad romana se encuentra una parte de la muralla que ha sido denominada Rubert (fig. 14) por situarse en antiguos terrenos de dicha familia. Fue descubierta en 1953, tras las excavaciones en la necrópolis situada en esa misma zona. Inicialmente, se hizo un estudio de manera complementaria ya que no era el objetivo principal. Finalmente, se fechó esta parte de la muralla en el siglo II a.C. y fue construida encima de la necrópolis que por tanto debió de tener mayor antigüedad. Este tramo fue destruido de manera parcial para poder construir otra casa romana. Según Almagro-Basch es probable que las piedras de los entramados defensivos de las ciudades fuesen reutilizadas como material para la construcción de fortificaciones como la de Rosa y Perpiñán (Moreno, 1985: 35-38).

Respecto a la maquinaria bélica se han hallado restos en el yacimiento. A destacar una catapulta (fig. 15), primer instrumento griego hallado en la Península, después se sucedieron otros hallazgos similares, como los de Caminreal o Azalia (Teruel).

Según las fuentes, los primeros en utilizar catapultas fueron los cartagineses, a finales del siglo III a.C., durante la segunda guerra púnica, pero probablemente se pusieron en funcionamiento anteriormente debido a la longevidad del ejército cartaginés.

La máquina localizada en 1912, en la puerta sur de la Neápolis, es una catapulta de tipo *scorpio* (fig. 16). Debido a su reducido tamaño, peso y a su gran precisión, este tipo de máquinas de artillería eran muy frecuentes entre los ejércitos romanos. Disparaban dardos o piedras. Estaban construidas generalmente de madera, pero se reforzaban con hierro. Se trata de un hallazgo prácticamente completo de un *capitulum* (cuerpo de la catapulta) con sus placas de refuerzo frontales y laterales, teniendo éste una altura total de 41,4 cm. Estas catapultas solían pesar entre cincuenta y sesenta kilogramos. Se conserva, de esta máquina, las placas de hierro de las tabulas superior e inferior, la de la columna central, y cuatro más que encajaban perfectamente con los *modioli*¹¹ (arandelas), así como arandelas de bronce (Saez, 2005: 149-151).

La catapulta formaba parte de un depósito de armas datado en torno al siglo II a.C., periodo de gran crecimiento y reconstrucción de los sistemas defensivos. El conjunto contaba además con un lote de espadas de tipo La Tenè (fig. 17), un modelo importado probablemente desde su foco de creación entre las culturas celtas centroeuropeas a partir del comercio foceo. Este tipo de espadas se distinguían por tener una larga hoja recta de hierro, con una espiga más estrecha para su empuñadura.

En distintos sitios del yacimiento se han encontrado también diferentes lotes de proyectiles de catapulta (fig. 18 y 19). El más grande fue encontrado cerca de la muralla meridional en 1911. Se trata de 1406 glandes de plomo (proyectiles de hondas de origen romano); 54 puntas de *pila catapultaria* (artillería lanzada por catapultas) y un proyectil lítico (Ble, 2012: 25-48). De todo ello, se conservan un total de 45 proyectiles de catapulta.

¹¹ Piezas de tamaño pequeño circulares y con un agujero central que servían para acomodar materiales metálicos.

El segundo lote contenía 10 piezas de proyectil de catapulta y una punta de jabalina, además de un proyectil lítico. Todos estos hallazgos aparecieron disgregados junto a piezas de cerámica de vajilla.

Otros proyectiles se localizaron, durante la década de los veinte, en la necrópolis de Les Corts, al noreste de la ciudad romana (Ble, 2012: 29). Almagro-Basch, en los diarios del yacimiento, dibujó tres puntas de *pila catapultaria* (fig. 20), que encontró en dos tumbas distintas. Todas estas fechadas entre el siglo II y I a.C. y de procedencia romana. Hay que añadir, además, una pieza de *pila catapultaria* hallada en otra necrópolis del yacimiento: la necrópolis Martí. Este proyectil ha sido datado posterior a cuando estaba en uso este cementerio, también de entre los siglos II y I a.C, de época romana. Se han hallado dos dardos (proyectiles) más en las excavaciones llevadas a cabo en los años 80, donde actualmente está pavimentado el parking del yacimiento, donde se encontraba una antigua necrópolis griega del siglo IV y III a.C. Según Ble (2019: 30) los proyectiles son de origen romano ya que las características que presentan son casi idénticas al resto de las encontradas, que cronológicamente transcurren en el periodo latino.

3. CONSIDERACIONES FINALES

Tras haber hecho la recopilación de los hallazgos defensivos y bélicos encontrados en el yacimiento emporitano, se concluye lo siguiente:

En primer lugar, llaman la atención los escasos restos relacionados con los conflictos armados en un sitio arqueológico de gran tradición investigadora (con más de un siglo de campañas de excavación) ya que hubo de resultar un objetivo bastante atractivo económica y comercialmente. Tal ausencia se puede deber a, por una parte, unas dinámicas comerciales bien establecidas y pautadas entre el mundo griego del noreste peninsular y el meridional o *Tartessos* hasta la entrada en escena de los cartagineses, algo que provocó la llegada de Roma en auxilio de la ciudad emporitana. Hasta entonces, la *poleis* parecía estar en continuo crecimiento y tener un gran peso en el marco occidental Mediterráneo, pero tras la llegada romana y con motivo de la segunda guerra Púnica, la ciudad se protegió fuertemente por el hecho de ser el punto de entrada de ejércitos romanos que lo aprovecharon para el desarrollo de su política de expansión y conquista del territorio peninsular. Por otra parte, existe la posibilidad de que algunos de estos

vestigios hayan desaparecido a causa del expolio, debido a la amplia extensión de esta actividad en los siglos previos al inicio a las excavaciones y dada la ausencia de leyes de patrimonio que los protegieran. Se conocen muchos casos de piezas que terminaron siendo objetos de coleccionista, llegando a perderse incluso partes de muralla al ser reutilizadas en otras ciudades.

Lo que más información nos ha proporcionado sobre la poliorcética mediterránea han sido las estructuras constructivas, como el lienzo de la muralla que sigue los planteamientos griegos pero que cuenta con un bastión sobre el que se teoriza acerca de su origen, ya que este no sigue las medidas aureas que usaban los helenos. Sin duda, abre un abanico nuevo de posibilidades que lo relaciona directamente con los sistemas defensivos indígenas. Las construcciones del siglo IV a.C. y sus revestimientos en los siglos posteriores evidencian el crecimiento del asentamiento y su importancia: los hallazgos de una *proteichisma*, es decir, la construcción de una nueva línea amurallada, distanciada unos metros de la anterior y reforzada con uno o más fosos pudiendo ir situados entre ambas líneas o al exterior y el foso (fig. 2), señalan el control griego sobre su territorio y la aplicación de los avances poliorcéticos en una *polis* que debió de sentirse amenazada.

La maquinaria bélica está representada en una catapulta de época romana del siglo II a.C., un hallazgo que pone de manifiesto el momento de conflictividad que había con el mundo indígena en un lugar fuertemente protegido y el armamento aparece en diferentes lotes: espadas de tipo laténico (fechadas entre los siglos III y II a.C.) quizá de fabricación local o llegadas desde su foco centroeuropeo mediante el poderoso comercio emporitano y proyectiles de honda y de catapulta de época tardo-republicana.

Todos estos hallazgos recalcan la importancia de este asentamiento y el peso de Grecia reflejado a este lado del noroeste del Mediterráneo, pero lamentablemente la utilización de los sillares que conformaban las murallas en construcciones posteriores de poblaciones vecinas y el expolio que padeció el yacimiento han sido los principales responsables de la pérdida de una valiosa información que nunca se podrá recuperar.

3. BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Sánchez, María Angeles (1986): “Guerra y territorio: el caso romano”. *Norva: Revista de historia*, pp. 177-186.
- Anglin, Simon (2009): *Técnicas Bélicas del mundo antiguo. 3000 a.C.- 500 d.C.: Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*. Madrid: Libsa, pp. 179-223.
- Aquilué, Xavier; Santos Retolaza, Marta; Castanyer, Pere; Tremoleda, Joaquim; Monturiol, Joaquim y Bases i Hernández, Tomás (2005): “El proyecto de restitución virtual de la ciudad griega y romana de Empuries” En *Marq, arqueología y museos*, Alicante: Museo arqueológico de Alicante, pp. 113-124.
- Aquilué, Xavier y Monturiol, Joaquim (2008): “La ciudad romana”. En *Empuries*, Museu d’arqueologia de Catalunya, Barcelona: Angle Editorial, pp. 77-121.
- Aquilué, Xavier (2017): “Emporion/Emporiae. Una antigua ciudad portuaria en el extremo occidental del Mediterráneo”. En *Phicaria V. Conviviendo con la arqueología: las capitales de las grandes potencias mediterráneas en la antigüedad, una mirada alternativa*, Mazarrón: Universidad Popular de Mazarrón, pp. 105-122.
- Bermejo Tirado, Jesús (2010): “Los diferentes pueblos ibéricos.” En *Breve historia de los...Íberos*. Madrid: Nowtilus S.L, pp. 67-97.
- Ble Gimeno, Eduard (2012): “Tormenta romana. Análisis morfológico y funcional de la artillería romana tardo republicana en el nordeste peninsular”. *Gladius*, 32, pp. 25-48.
- Collado Hinarejos, Benjamín (2018): *Guerreros de Iberia. La guerra antigua en la península ibérica*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Connolly, Peter (2016): *La guerra en Grecia y Roma*. Madrid: Desperta Ferro.
- Eneas el Tácito (1991): *Poliorcética. La estrategia militar griega en el siglo IV a.C. I*. Vela Tejada, José (tr.). Madrid: Ministerio de Defensa. Gobierno de España.
- Fernández Nieto, FJ (1992): “Griegos y colonización griega en la península.” En Chaves Tristán, F. (ed.), *Griegos en Occidente*. Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 129- 147.

- García Jiménez, Gustavo (2011): *El armamento de influencia la Tenè en la Península Ibérica (siglos V-I a.C.)*. En Vivó, D. y Quesada, F. (dirs.). Girona: Universitat de Girona.
- Gracia Alonso, Francisco (1997): “Poliorcética griega y fortificaciones ibéricas.” En *La Guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania* (Madrid, 1997), I. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 165- 185.
- Greco, Emanuele (2014): *Topografia di Atene, Sviluppo urbano e monumento dalle origini al III secolo d.C. Tomo 3: Quarteri a nord e a nord-est dell’Accropoli e Agora del Ceramica*, Studi di Archeologia e Topografia di Atene e dell’Atica, Atenas: Scuola Archeologica italiana di Atene.
- Institut català d’arqueologia clàssica (2020), *Emporion. Segunda Guerra Púnica. 218 a.C.*, Disponible en <http://www.icac.cat/campaments/historia/IIGP/218/emporiom.html> , consultado el 22 de abril de 2023.
- MAC-Empuries (1944) , *Empuries. Muralla Robert*. Disponible en <http://hdl.handle.net/10687/109516>, Consultado el 22 de abril de 2023.
- Moreno Lucas, Josep María (1985): *Empuries. Muralla Rubert*. Barcelona: DIBA.
- Nieto, Xavier y Revil, André y Morhange, Christophe (2005): “La fachada marítima de Ampurias: estudios geofísicos y datos arqueológicos”. *Empúries: revista de món clàssic i antiguitat tardana*, 54, pp. 71-100.
- Olmos Benlloch, Pau (2011): “Modulación y proporción en la arquitectura emporitana entre los siglos VI-II a.C.” *Ampurias: Revista de arqueología, prehistoria y etnografía*, pp. 125-141.
- Popowicz, Eric (1995): “La guerra total en la grecia clásica (431-338)”. *POLIS, Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad clásica* 7, pp. 219-245.
- Quesada Sanz, Fernando (2007): “Asedio, Asalto...Aspectos prácticos de la poliorcética en la iberia prerromana.” En Berrocal, L y Moret. P. (eds.), *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro*. Madrid: Bibliotheca Archaeologica Hispana 28, pp. 75-98.
- Quesada Sanz, Fernando (2009): “La guerra en la cultura ibérica.” En Almagro, M. (ed.) *Historia Militar de España*. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 111-130.

- Romeo Marugán, Francisco (2005): “Notas para un glosario de términos referentes a los sistemas defensivos de la antigüedad.” *Saldvie: Estudios de Prehistoria y de Arqueología*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, pp. 191-213.
- Ruiz de Arbulo, Joaquín (1992): “Emporion. Ciudad y territorio (s. VI-I a.C). Algunas reflexiones preliminares.” *Revista d’Arqueologia de Ponent*, 2, pp. 59-74.
- Ruiz de Arbulo, Joaquín (2003): “Santuarios y fortalezas. Cuestiones de indigenismo, helenización y romanización en torno a Emporion y Rhode (s. VI- I a.C)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 29, pp. 161-202.
- Sáez Abad, Rubén (2005): *Artillería y poliorcética en el mundo grecorromano*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Sanmartí-Grego, Enric (1992): “Nuevos datos sobre Emporion”. En Chaves, F. (ed.), *Griegos en Occidente*. Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 173-195.
- Sanmartí-Grego, Enric y Castañer, Pere y Tremoleda, Joaquim (1988): “La secuencia histórico-topográfica de las murallas del sector meridional de Emporion”, *Madridider Mitteilungen*, 29, pp. 191-220.
- Santos Retolaza, Marta (2008): “L’arqueologia grega a Empuries. Un discurs en construcció”, *Annals De l’Institut d’Estudis Empordanesos*, pp. 49-77.

ANEXO



Figura 1. Ciudades mencionadas en el trabajo. En azul Atenas, cabeza de la Liga de Delos y en amarillo Esparta, cabeza de la Liga del Peloponeso; en verde se han marcado los protagonistas de las guerras púnicas, y en rojo colonias griegas y púnicas occidentales (elaborado por el autor).

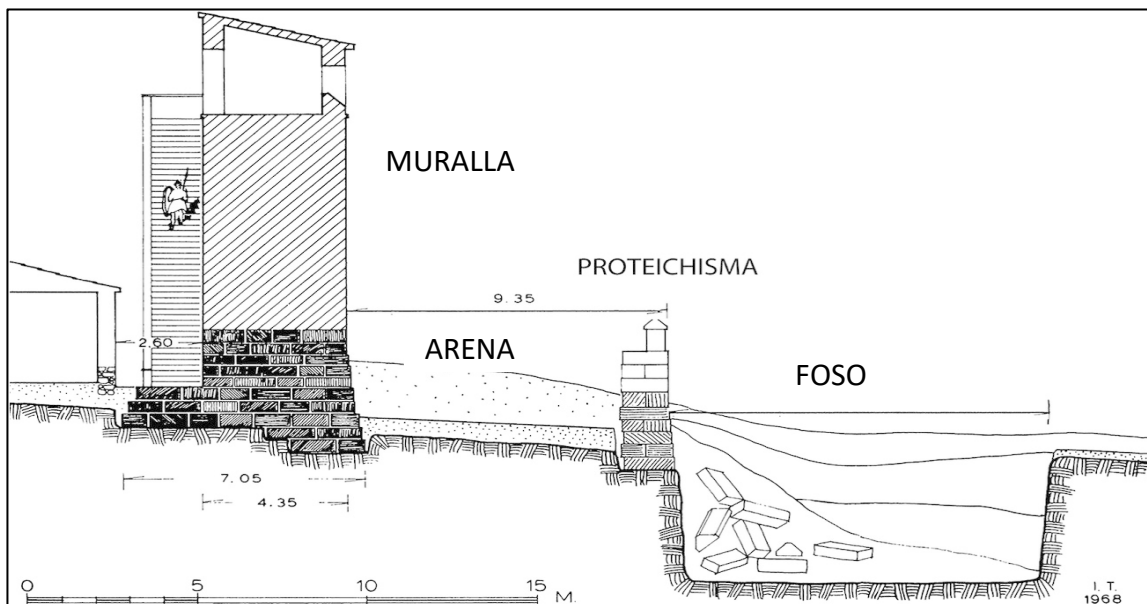


Figura 2. Dibujo de las murallas de Atenas donde se representa la construcción de una *proteichisma* y la de un foso (Greco, 2014: fig. 321).



Figura 3. Modelo de ariete móvil. Se impulsaba mediante cuerdas (Sáez, 2005: fig. 50).

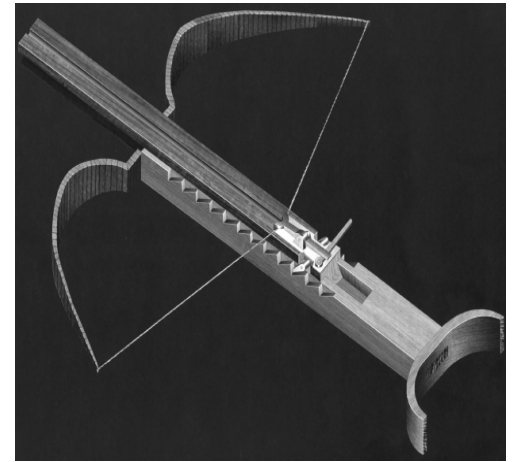


Figura 5. Recreación de un *gastraphetes*, la máquina de no torsión más primitiva (Sáez, 2005: fig. 8).

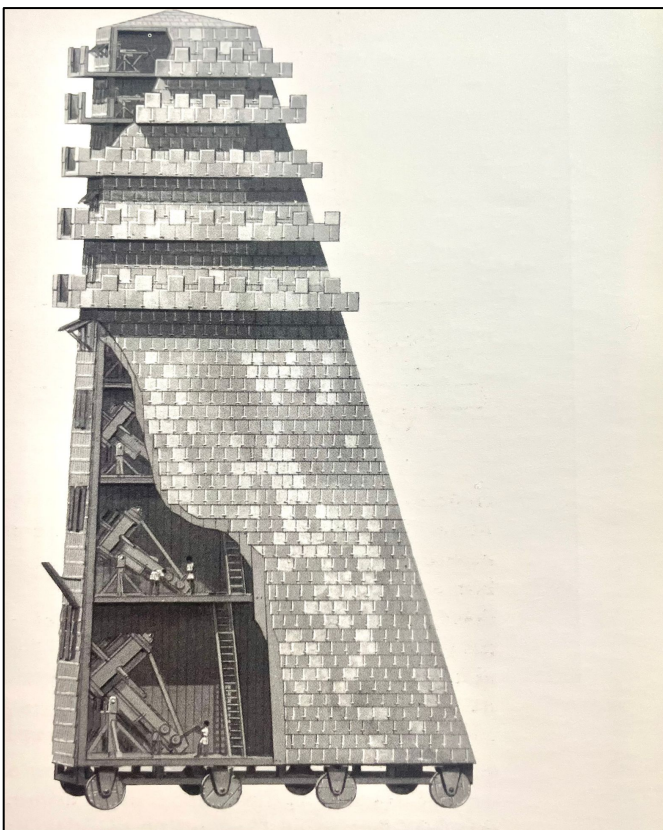


Figura 4. Torre de asedio móvil (Connolly, 2016: 290).



Figura 6. Soldado ibero del siglo IV a.C. (Quesada, 2009: 116).

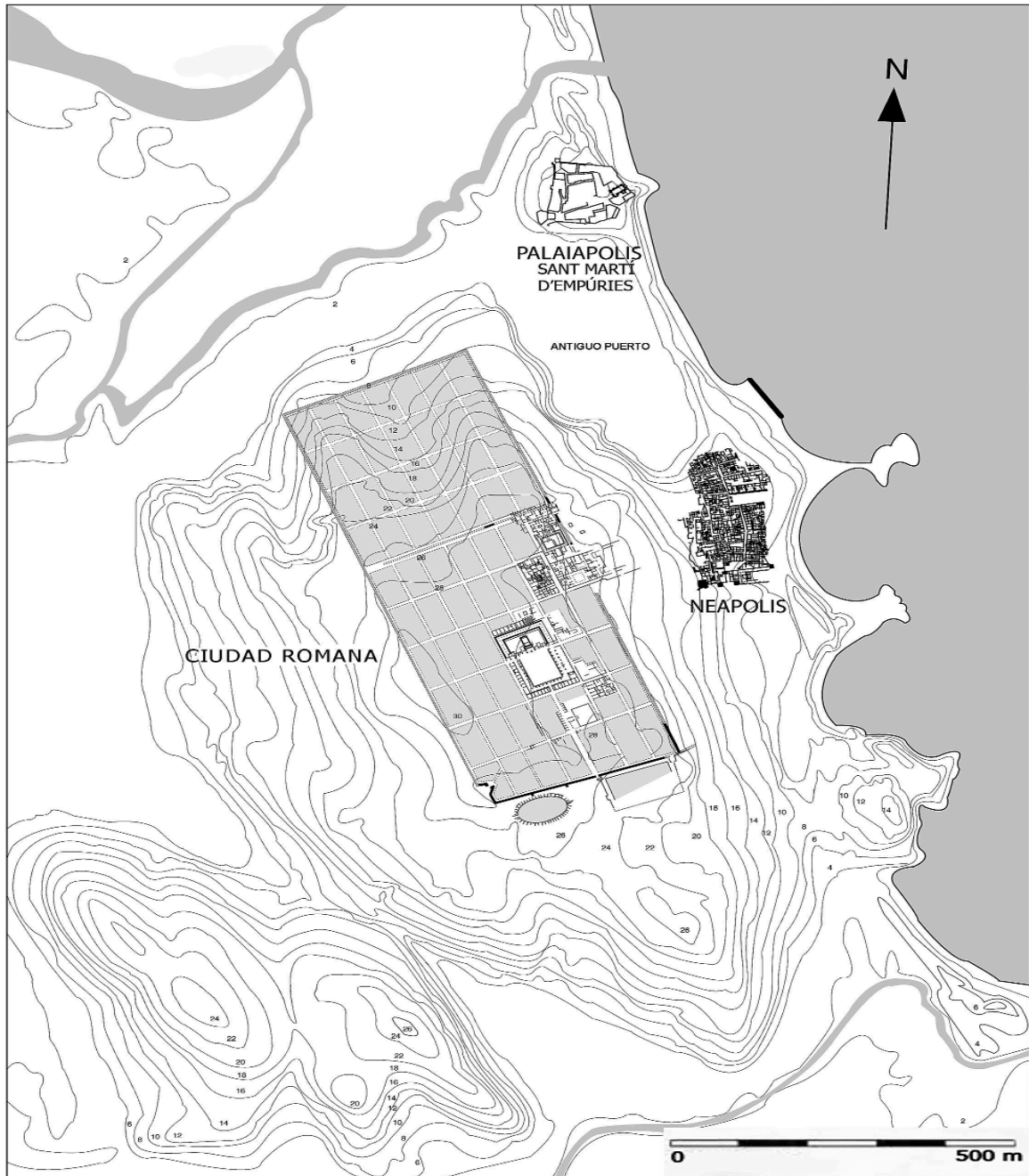


Figura 7. Localización de las distintas ciudades de Ampurias. Al norte, la palaiópolis o ciudad vieja; más hacia el sur y retirado del mar, la Neapolis o ciudad nueva y, hacia el interior, la ciudad romana (Aquilué, 2017: fig. 2).



Figura 8. Fotografía de la Neapolis desde la zona oeste de la ciudad (fotografía del autor).



Figura 9. Fotografía de la Neapolis desde el noroeste de la ciudad (fotografía del autor).

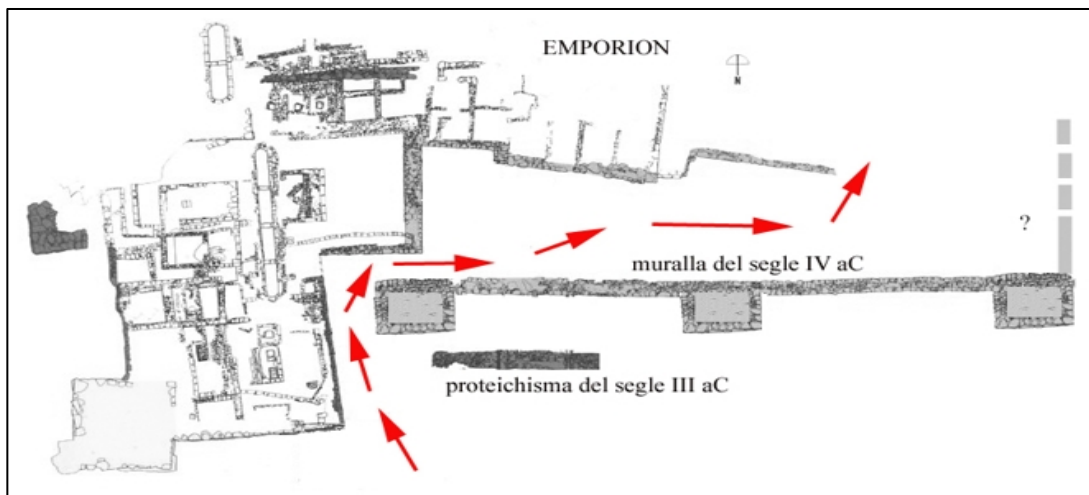


Figura 10. Lienzo de la muralla del siglo IV a.C. reforzado por tres torres defensivas. Se muestra también la *proteichisma*, el parapeto defensivo adelantado del siglo III a.C. (Institut català d'arqueologia clàssica, 2020).



Figura 11. Lienzo de la muralla del siglo IV a.C. (Olmos, 2011: fig. 5).



Figura 12. Vista, al fondo, de los restos de una torre de defensa de la Neapolis emporitana (fotografía del autor).



Figura 13. Imagen de la muralla sur de la ciudad romana (fotografía del autor).



Figura 14. Fotografía de 1944, con trabajadores reconstruyendo la muralla (MAC-Empúries, 1944).

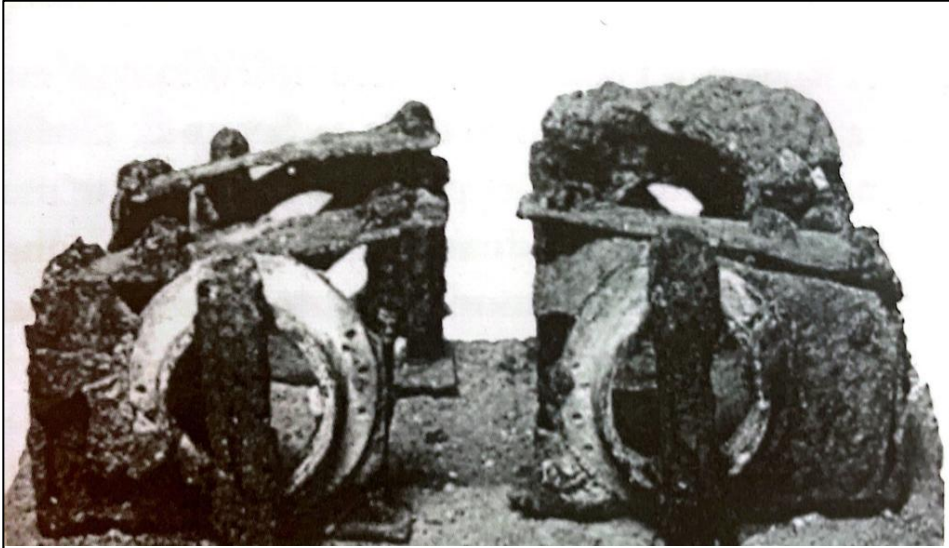


Figura 15. Restos arqueológicos de la catapulta de tipo *scorpium* hallada en Ampurias (Sáez, 2005: fig. 67).



Figura 16. Representación de catapulta de tipo *scorpium* (según Sáez, 2005: fig. 84).

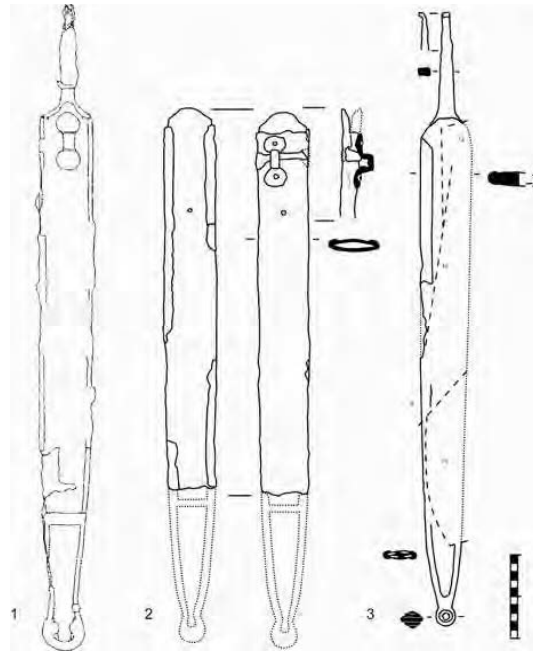


Figura 17. Espadas de tipo La Tène: La 1 se encuentra en Marne; la 2 en Mas Castellar del Pontós y la 3 en Ampurias (García, 2011: fig. 35).

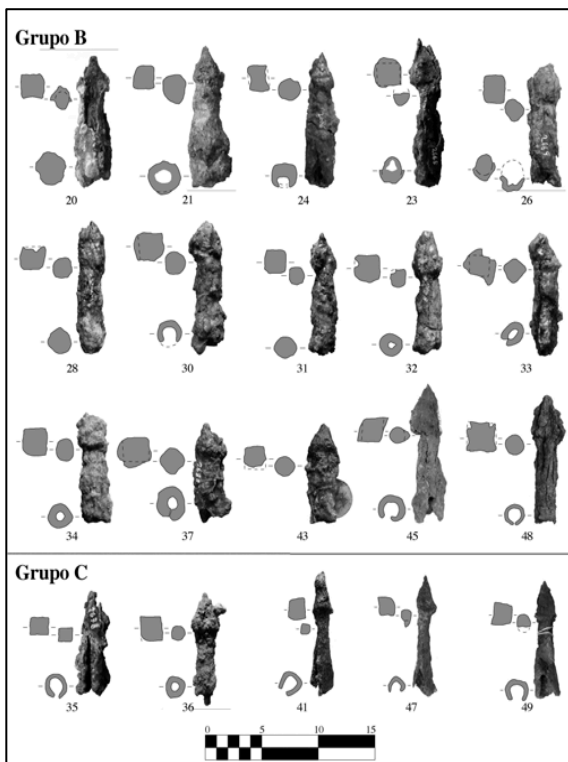


Figura 18. Lote de pila catapulta procedente de Ampurias (Ble, 2012: fig. 9).

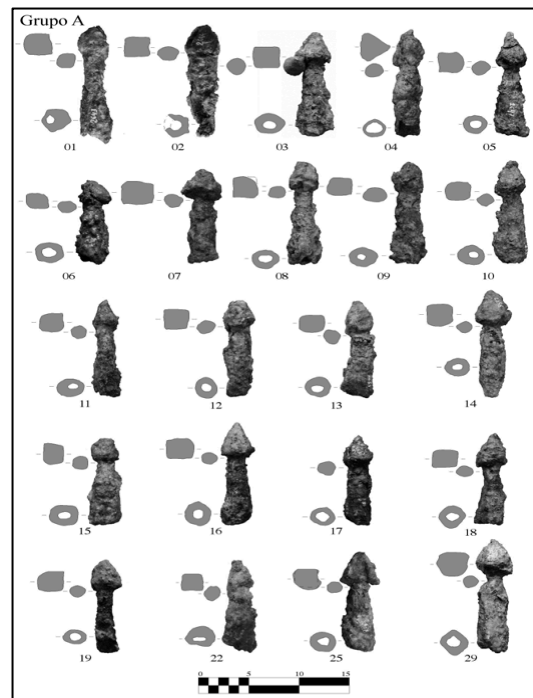


Figura 19. Lote de pila catapulta hallado en Ampurias (Ble, 2012: fig. 8).

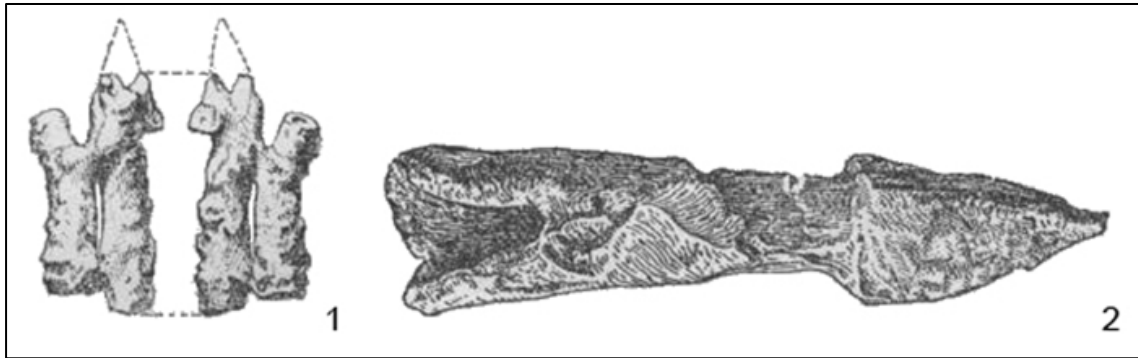


Figura 20. Dibujos de pila catapultaria elaborados por Almagro-Basch procedentes de la necrópolis de Les Corts en Ampurias (Ble, 2012: fig. 2).